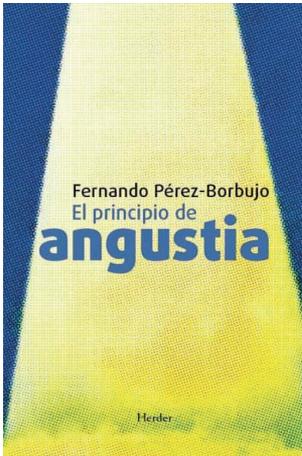


# El principio de angustia

FERNANDO PÉREZ-BORBUJO

*Editorial Herder,  
Barcelona, 2022; 307 págs.*



Con *El principio de angustia*, su obra más reciente, el profesor Pérez-Borbujo añade un eslabón a la producción que, inaugurada por la monumental monografía *Schelling: el sistema de la libertad* (2004), prosiguió con estudios sobre el pensamiento del límite de Eugenio Trías (*La otra orilla de la belleza*, 2005), la relectura en clave voluntarista de la modernidad filosófica (*Veredas del espíritu*, 2007) o la revisión de la presencia cervantina en el pensamiento español contemporáneo (*Tres miradas sobre el Quijote*, 2010). En todas esas obras alienta, junto al rigor discursivo y la belleza expresiva, un empeño ontológico de notable ambición, una orientación especulativa que, hostil a escepticismos posmodernos, quiere res-

tablecer la pretensión de la tradición filosófica: pensar el todo de lo existente (hombre; mundo; Dios). En ese designio, Schelling y Trías ofician de figuras tutelares.

Resultaría engañoso caracterizar *El principio de angustia* como una monografía sobre la angustia, sin más. Sin duda lo es, pero inscribe esa temática en un horizonte mucho más vasto: no solo el de la vida afectiva en su conjunto, sino el de la íntegra

*humana conditio*. Estamos, en realidad, ante un tratado de antropología fundamental, que recurre a la angustia para una reinterpretación cabal de lo humano. Propone “un dibujo de la existencia humana desde el movimiento interno y vital de la angustia que le es propia” (p. 245). De ahí que, al hilo de la elucidación del existir angustiado, Pérez-Borbujo retome los dilemas o aporías en que inevitablemente discurre la tematización de lo humano: naturaleza vs. cultura; individuo vs. comunidad; razón vs. pasión; cuerpo vs. psique; temor vs. esperanza... Pues, siendo la angustia un fenómeno acentuadamente epocal —“el afecto determinante de nuestro tiempo” (p. 17)—, no por ello deja de ser una invariante, filogenética y ontogenéticamente, antropológica; hasta el punto de presentarse como clave indispensable para la aprehensión de nuestra humanidad. Al servicio de ese proyecto está un amplio abanico de referencias histórico-filosóficas: junto al pensamiento de la existencia (Heidegger y Sartre) y dos figuras decisivas de la especulación decimonónica (Schelling y Kierkegaard), la tradición psicoanalítica (de Freud a Lacan, pasando por Rank o Adler) y personalidades señeras del pensamiento reciente (Arendt, Jonas, Trías o Sloterdijk). Sus propuestas no son objeto de mera glosa erudita, sino que devienen fuente inspiradora de un proyecto propio, consistente en renovar la antropología filosófica desde una tematización de la angustia.

Su enfoque es acentuadamente evolutivo, diacrónico, pues no se trata de definir una realidad intemporal sino de describir el devenir de una existencia... de eso que acostumbramos a llamar la “vida humana”, por más que el autor amplíe su arco cronológico en los dos extremos, dando cabida a lo que precede al nacimiento y lo que acaso aguarde tras el fin. Una y trina, la angustia como afecto o estado de ánimo fundamental se conjuga según los tres tiempos verbales; tal tríada diseña la arquitectónica de la obra según una secuencia deudora de las *potencias* schellingianas y los *estadios* kierkegaardianos: angustia del nacimiento, angustia de la libertad y angustia de la muerte. De ese modo teoriza Pérez-Borbujo las tres “edades del hombre”: infancia, adultez y ancianidad. (Esa progresión tendrá también su modulación histórico-filosófica: si el *arjé* presocrático representa el comienzo, o nacimiento, del esfuerzo filosófico, la duda metódica de Descartes señala su punto medio, el de la libertad, y el nihilismo profetizado por Nietzsche su fin, de tonalidad fúnebre).

Una de las premisas del texto es la denuncia de la unilateralidad con que el pensamiento existencial redujo la angustia a anticipación de la propia muerte. Frente a ese reduccionismo, *El principio de angustia* reivindica, como angustia primera u originaria, la del comienzo o nacimiento; no conforme con ello, la hace preceder de la experiencia pre-natal de la vida intra-uterina. Su índole proto-subjetiva obliga, mediante desarrollos inevitablemente conjeturales, a una tentativa de exploración de la vida fetal, cuyo régimen sensorial hegemónico es la audición. En ese esfuerzo

acompañan a Pérez-Borbujo las intuiciones de pensadores como Rank (primacía del trauma del nacimiento, en detrimento del Edipo, como escena fundacional del psiquismo) o Arendt (filosofía de la *natalidad* que cuestiona el tanatocentrismo de Heidegger); asimismo, las exploraciones de la esfera intrauterina realizadas por Trías o Sloterdijk. En el origen de la subjetividad estaría la desgarradora separación del vínculo con la madre, objeto de nostalgia: “La presencia materna es el dios tutelar del cuerpo propio” (p. 95).

Pero esa herida fundacional abre la posibilidad de una conciencia autónoma. Su realidad hará aflorar una segunda forma de angustia, ahora vinculada, esencialmente, a la experiencia de la libertad. Sin olvidar el papel ontogenético de la sexualidad en la tradición psicoanalítica (al fin y a la postre, la comprensión freudiana de lo humano se articula en torno al binomio deseo/ley), Pérez-Borbujo aborda la voluntad libre en dos registros. En primer lugar, el moral, donde el sujeto se ve confrontado al dilema bien/mal y experimenta como carga trágica la presencia del mal. Subjetividad culpable, el yo moral demanda un estado futuro donde la voluntad, antes conciencia desdichada, alcance la reconciliación consigo misma. Ese *telos*, que el espíritu bíblico concibió como advenimiento del Reino, representa el segundo registro, religioso: por paradójico que resulte, la desesperación del pecador abre, como Kierkegaard advirtió, la posibilidad de su metamorfosis espiritual. No *a pesar de* la angustia, sino *desde* ella misma: “Dios se diferencia del hombre infinitamente en el pecado, pero a la par es el pecado la realidad que pone más en contacto al hombre con la divinidad” (p. 192).

“Angustia del medio” (p. 124), la angustia de la libertad constituye el *entre* que separa sus otras dos formas, extremas: la del comienzo (nacimiento) y la del fin (muerte). Pero esta última, la angustia de la muerte, no se reduce al sesgo fúnebre que presenta en la analítica de la finitud heideggeriana. El autor nos recuerda que el vocablo “fin”, en su polisemia, tanto puede nombrar el punto terminal de un proceso cuanto la meta u objetivo al que tiende como su consumación o plenitud. Esa ambivalencia semántica permite recorrer “el arco que va desde la motivación hasta el desaliento” (p. 253); en doble sentido: al igual que la esperanza puede decaer en desesperación, desde esta cabe el salto hacia aquella. La *hora final*, lejos de ser mero término o conclusión, encarna también el *principio esperanza*: ¿por qué, si en el nacimiento asoma ya la muerte futura, no habría de encerrar el morir un renacer, un nuevo comienzo, un “tercer inicio” (p. 264)?

De ese modo, *El principio de angustia* confirma el *dictum* de T. S. Eliot: coincidencia de fin y principio. Angustia cuya naturaleza jánica –proclive al más extremo desaliento o a la máxima esperanza– expresa la abisal textura de lo humano, su consistencia a la vez trágica y alentadora. Pérez-Borbujo defiende un monismo de

la angustia –“triple angustia de una triple facultad de un *principio único*” (p. 51), afirma–, pero que no es objeto de afirmación apriorística, sino más bien destilado de un recorrido por su triplicidad de formas, a la manera –muy triasiana, como el propio texto reconoce (p. 265, n. 12)– en que el *tema* musical se configura a través de sus *variaciones*.

Pero este tratamiento categorial de la angustia no solo avala la unidad del hecho humano, ofreciendo con ello, como se afirmó desde el principio, un resuelto ensayo de antropología fundamental. Más allá, apunta en sus páginas finales a la intuición ontológica –y teológica– de una idea del ser acorde con el despliegue fenomenológico de lo humano. Amparándose ahora en la especulación de Hans Jonas, el autor sugiere que la secuencia fenomenológica de las tres figuras de la angustia remitiría a una “potencia originaria” o “ser primigenio” cuyo devenir se encamina, teleológicamente, hacia su propia consumación. Concepción evolutiva y finalista del Ser presentada, cautamente, como conjetura a la que no es ajena una deriva teológica. En el párrafo final del libro se anuncia, en efecto, “una forma de materialismo espiritualista que se aleja de y opone frontalmente a toda concepción materialista o racionalista de la materia” (p. 301).

Llegado a su término, *El principio de angustia* formula la inspiración medular de desarrollos futuros. También para este magnífico libro su fin parece anunciar un nuevo comienzo.

ALBERTO SUCASAS